

LA NATURALEZA PRIMIGENIA DEL EVANGELIO (PARTE II)

Iniciaré con un breve recordatorio de la primera parte que compartí de este tema. El término primigenio significa: “lo relativo al origen o al principio”, tiene que ver con el estado de las cosas en su estado original.

Vamos a ocupar dos pasajes de la Biblia:

Gálatas 1:6 “Me maravillo de que tan pronto hayáis abandonado al que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente.” Este verso nos deja ver, efectivamente, que nuestro Evangelio puede tornarse en algo diferente. Si bien es cierto, el Evangelio es único e inamovible, nosotros los humanos lo podemos hacer vulnerable, por ende, lo podemos torcer y convertir en algo diferente.

Filipenses 4:9 “Lo que también habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí, esto practicad, y el Dios de paz estará con vosotros”.

Dios es incondicional para con nosotros en cuanto a ser nuestro Padre y tratarnos como Sus hijos, pero hay una condicionante para que Dios esté con nosotros. Una versión traduce este verso de la siguiente manera: ***“practiquen todas las enseñanzas que les he dado, hagan todo lo que vieron hacer y me oyeron decir, y Dios que nos da Su Paz, estará con ustedes siempre”.*** En este verso el apóstol Pablo está diciendo que si los creyentes son capaces de poner por obra lo que aprendieron y vieron de él, Dios iba a estar con ellos. Este verso es el antídoto que debieron tomar los Gálatas para no vivir un Evangelio diferente, y no que hubiera otro, sino que algunos lo pervirtieron y lo desvirtuaron. Ahora, la gran pregunta que yo le hago es la siguiente: Si los gálatas tuvieron el conflicto de desviarse del Evangelio, en aquel tiempo en el cual lo recibían directamente de los apóstoles del Señor, ¿cuál es el Evangelio generacional que tenemos en este tiempo?

No busquemos victimarios en este tiempo, porque todos en alguna manera hemos sido víctimas de la generación en la que nos tocó vivir; sean ministros, líderes o cualquier hermano que sea parte del Cuerpo de Cristo, todos hemos sido víctimas de un Evangelio que se fue torciendo con el pasar del tiempo. Yo les invito a todos a revisar un poco de la historia de la Iglesia, y se darán cuenta que ni siquiera nuestros maestros en la fe pudieron comprender el Evangelio del Señor porque aún ellos ya nacieron cuando el Evangelio estaba en oscurantismo.

Todos los que han tratado de edificar la Iglesia en esta generación en la que vivimos, lo han hecho suponiendo que su evangelio está bien, sin embargo, no se han percatado que están mal. Algunos piensan que no tienen conflicto con su evangelio porque han logrado rectificar algunas doctrinas, sin darse cuenta que la esencia del Evangelio no estriba en doctrinas.

Todos aquellos que alguna vez han estudiado La Escritura (y en esto yo me cuento entre ellos), hemos tenido que revisar y avanzar en alguna verdad que no concuerda con todo lo que hemos aprendido. Sin embargo, en esta ocasión, quiero hablarle algo que, después de años de entender el corazón de Dios en algunos aspectos de La Escritura, es necesario que lo sepamos para retornar al génesis del Evangelio.

Yo no pretendo darle claves de cómo darle avivamiento a la Iglesia muerta, tradicional e institucional en la que crecimos. La Iglesia no necesita ritos o doctrinas diferentes, mejor dejemos esa Iglesia tradicional así como está. El cambio sustancial de la Iglesia no lo marcará el cambio de la doctrina. Muchos de nosotros venimos de un ministerio, que una de sus cualidades principales fue renovar la doctrina que tradicionalmente se había escuchado en Guatemala, sin embargo, eso

no cambió nuestro Evangelio, ni tampoco nos dio una experiencia de la Vida divina en el interior. Las doctrinas no son malas, al contrario, debemos aprenderlas y perfeccionarlas; pero el simple hecho de saber más, no nos da una mejor Vida en el Señor. El Evangelio que Cristo pregonó no depende en esencia de la doctrina, sino de la Vida que es Él mismo.

Recuerdo que cuando yo conocí al Señor, empecé mis primeros años perseverando en el movimiento de los presbiterianos, (soy específico al decirlo porque no lo hago por criticar, sino por relatar mi testimonio), al año de haberme convertido sentí el impulso del Señor de salir a predicar a las calles con otro amigo. En una de esas ocasiones, me vieron unos hermanos de Elim, quienes se maravillaron de verme predicando siendo yo muy joven. Nos conocimos, empezamos a platicar, y de manera pronta, me preguntaron si ya había recibido el bautismo del Espíritu Santo. La doctrina de ellos era que sólo los bautizados en el Espíritu Santo podían predicar, y que la evidencia de haber sido bautizados en el Espíritu era hablar en otras lenguas. Yo les contesté que ni siquiera sabía que existía tal bautismo en el Espíritu Santo, así que ellos me invitaron a una reunión en las que se oraba para recibirlo. Al preguntarle a los hermanos presbiterianos sobre el asunto, ellos me dijeron que esa doctrina era una herejía, que eso no era así. Yo inquietado por lo que aquellos hermanos me dijeron, me animé a ir a una de esas reuniones. Al llegar a aquel lugar, ví aquel movimiento pentecostés entre los hermanos y a muchos otros que, definitivamente, no tenían el don de lenguas y estaban orando para recibirlo. Yo me ubiqué entre los hermanos que no tenían el don de lenguas y de reojo miraba a algunos hermanos que decían repetidas veces la palabra “alabanza”, por lo que deduje que había que hacer eso y en algún momento en el que se trabara la lengua iban a fluir las lenguas. Intenté hacer eso pero de repente llegó un hermano de los mayores que estaban allí y metió un golpe en la cabeza y me advirtió muy molesto que no volviera a hacer eso porque no venía así el “bautismo en el Espíritu Santo”. Pasó mucho tiempo hasta que un día Dios me concedió hablar genuinamente en otras lenguas, lo cual practico hasta el día de hoy.

Siendo honesto, el don de lenguas no me cambió en lo más mínimo, seguí siendo el mismo, no obtuve ninguna transformación por hablar en otras lenguas. Con el pasar de los años, leyendo la Biblia me dí cuenta que el don de lenguas no era el Bautismo en el Espíritu Santo, sino sólo es el más pequeño de todos los dones que Dios le puede dar a alguien. Según el apóstol Pablo, ese don era tan inferior que advirtió a la Iglesia de Corinto que mejor no hablaran nada en la iglesia si no había nadie que las interpretara, porque es un don para edificación del espíritu, teniendo en cuenta que aún la mente (de la misma persona que las habla) puede quedar sin fruto ante tal experiencia. Ahora entiendo que el Bautismo en el Espíritu Santo no es lo que yo entendí en aquel tiempo; doctrinalmente tengo claro que las lenguas no son el Bautismo, ni la evidencia de haber recibido el Espíritu Santo. Yo puedo sostener con la Biblia que el Bautismo en el Espíritu Santo es el acto mismo de ser introducidos en el Cuerpo de Cristo desde el día que conocemos al Señor. Dice **1 Corintios 12:13** ***“Pues por un mismo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo, ya judíos o griegos, ya esclavos o libres, y a todos se nos dio a beber del mismo Espíritu”***.

Alabo a Dios por el entendimiento que me ha dado en este tiempo con respecto a una doctrina tan trascendental como el bautismo en el Espíritu Santo, pero quiero decirles que ni siquiera la doctrina más pura es capaz de cambiar el interior de nadie. Hermanos, el que es sucio en su interior no necesita doctrina pura para ser transformado, lo que necesita es el fluir de la Vida.

Hay algo que debemos de entender, el Antiguo Pacto comenzó con un decálogo, con leyes que reflejaban el corazón mismo de Dios, pero tales formalismos sólo sirvieron para que se dieran cuenta de lo sucio que tenían en el interior. Por el contrario, el Nuevo Pacto arrancó con la persona misma del Señor, por eso Él dijo: ***“Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre...”***(1 Corintios 11:24–25). ¡Aleluya! El Nuevo Pacto es Él.

Conforme ha pasado el tiempo, al estudiar La Biblia, me he dado cuenta que la gran mayoría de creyentes no gozamos de tener un Evangelio que Su naturaleza sea igual a la que predicó Cristo y Sus apóstoles en el Nuevo Pacto. Han pasado veinte siglos desde que el Señor instituyó la Iglesia, y al día de hoy nos es casi imposible entender la naturaleza primigenia del Evangelio.

Alguien dirá: "hermano, lo que ha sucedido es que la Iglesia ha tenido que avanzar con el pasar de los años, se ha tenido que modernizar y tecnificar según el tiempo". Déjeme decirle que la Iglesia no necesita avanzar. El apóstol Pablo dice en *Colosenses 2:10* "... **vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad**".

La Iglesia no empezó faltante. En lo personal no me gusta usar el término de "la Iglesia Primitiva", porque da la idea que los que comenzaron con la Iglesia no fueron los más idóneos. Pareciera que el apóstol Pedro en este tiempo no pudiera ser ni siquiera diácono. Perdonen hermanos, pero el apóstol Pedro no fue ignorante en cuanto al Evangelio, aunque él no podía escribir porque era analfabeta, él fue quien le dictó el Evangelio a Marcos. ¿Sería capaz usted de seguir a un apóstol analfabeta? El hecho de que Pedro no supiera leer, ni escribir, no lo hacía ignorante del Evangelio, pues, no necesitaba ser estudiado para contar lo que había visto y oído tocante al Verbo encarnado. Pedro sí sabía cual era el verdadero Evangelio del Nuevo Pacto.

Nuestro mayor conflicto es pensar que lo que tenemos ahora por Evangelio está bueno. Aceptemos que los resultados de nuestro Evangelio son diferentes a los de la Iglesia del principio, al compararnos con ellos nuestro Evangelio es caótico. Por el lado milagroso, no somos como los poderosos ministros de la Iglesia del Principio. Por el lado de la Vida, estamos todavía más distantes de lo que ellos experimentaron. Según algunos hombres estudiosos, el grado de analfabetismo de aquel entonces (hace dos mil años) era de un 85%, quiere decir que sólo un 15% podía leer y escribir. En nuestro tiempo, a excepción de los muy infantes, el analfabetismo ya no existe. Sin embargo, una Iglesia analfabeta de hace dos mil años fue mucho más gloriosa que la Iglesia de la generación actual que tiene muchas versiones de la Biblia a la mano. Con todas las ventajas que ahora tenemos, no somos mejores que la Iglesia del principio.

Aunque todos sabemos que nuestro Evangelio está en caos, lo que hacemos es refugiarnos en la religiosidad y en la apariencia porque nos cuesta trabajo reconocer que nos hemos desviado del verdadero Evangelio. Yo me propuse criar a mis hijos en mis principios de fe, no importando si ellos ya grandes tomaban otro camino; alabo al Señor y le doy gracias porque ellos ya se casaron y siguen en los caminos del Señor. Yo sé que muchos que están criando a sus hijos hoy, sufren en el interior porque saben que vienen a la fuerza; aún lo adultos sufren cuando vienen a la Iglesia porque vienen a comer "cartón", en lugar de comer a Cristo. ¿Qué podemos, entonces, pedir a los jóvenes si los adultos sabemos que nuestro Evangelio está en graves problemas? A estas alturas, al menos interiormente, todos los creyentes saben que lo que necesitan no es la buena música de una Iglesia, ni los locales de reunión, ni ninguna cosa otra cosa efímera que nos presente el Evangelio "moderno". Tarde o temprano, todos los accesorios humanos de "atracción" que los hombres le ponen a la Iglesia pasan de moda, ninguno sacia el corazón; llámese ministros, pastores, clases dominicales para niños, grupos de alabanza, templos, doctrinas, etc. todo pasa. La mayoría de estas cosas que hoy son consideradas indispensables para la Iglesia, jamás se mencionan en el Nuevo Testamento, sin embargo, la Iglesia era poderosa.

Dice *Filipenses 4:9* "**Lo que también habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí, esto practicad, y el Dios de paz estará con vosotros**". Lo que el apóstol Pablo quiere remarcar en este verso es que nadie debe inventar cómo, ni maneras de hacer las cosas en la Iglesia, sino sólo aquellas que recibieron por enseñanza y práctica del ministerio apostólico. En otras palabras, para que la Iglesia sea restaurada lo que debe hacer es volverse a la naturaleza primigenia del Evangelio, que es lo que les enseñaron Cristo y los Apóstoles.

Hermanos, es difícil creer que un pescador iletrado como Pedro, y otros once similares a él, a quienes los religiosos de aquel entonces despreciaban por su sencillez cultural, hayan aprehendido el verdadero Evangelio. Hay gente tan sencilla (culturalmente hablando) con quienes

nos cuesta darnos a entender, y así eran los apóstoles, pero la gente se asombraba cuando los escuchaba. ¿Cómo pudo Dios confiar Su Reino, Su Plan acá en la tierra en doce hombres ignorantes? El apóstol Pablo fue distinto a ellos, pero los primeros, los doce que el Señor escogió eran hombres del vulgo. ¡Ah! hermanos, si esto no nos abre los ojos, jamás vamos a tocar la naturaleza primigenia del Evangelio. Si no vemos lo que fue en el principio, seguiremos creyendo que lo más indispensable para un creyente es estudiar en un seminario teológico, o depender del buen léxico de un predicador, pero estas cosas no fueron así entre los doce apóstoles. Seguramente los apóstoles carecieron de los atributos que las gentes hoy admiran entre los predicadores, pero tuvieron otras cosas que hoy en día son carentes entre los “hombres de Dios”.

Algo tuvo que tener la Iglesia del principio para que Cristo, confiadamente, después de resucitado sólo se haya quedado con ellos cuarenta días. Antes de la cruz el Señor tuvo que estar en la tierra durante treinta y tres años y medio, pero después de haber resucitado, sólo se les apareció a los doce y a otros más durante cuarenta días. Es que razón tuvo el apóstol Pablo al decir: “lo que aprendieron, lo que recibieron y vieron en mí (en él como apóstol), esto practiquen y el Dios de paz estará con ustedes”. Toda la lejanía que la Iglesia tenga del ministerio apostólico, redundará en un perjuicio para ella misma. Hoy en día la Iglesia ha llegado a ser sinónimo de una institución cristiana, o la visión espiritual de un hombre, pero Dios jamás la diseñó así.

Hace años un hermano organizó una convención apostólica para pastores evangélicos, y tuvo a bien invitarme a mí para impartir la palabra. No olvido que antes de subirme a predicar el Señor me dio una palabra, por lo que inicié diciendo lo siguiente: *“hermanos, lo que menos necesita la “Iglesia” hoy en día son apóstoles, la Iglesia evangélica necesita motivadores, pensadores, administradores, publicistas, gerentes, etc. pero no apóstoles verdaderos, esos no caben en la Iglesia institucionalizada”*. Hermano querido, nuestra Vida en Cristo no nos funciona porque estamos distantes de la naturaleza primigenia del Evangelio. Tenemos conflictos porque nuestra doctrina nos dice una cosa y la práctica generacional nos enseñó otra.

Yo no estoy diciendo que hoy en día no se manifiesten dones de sanidad y milagros, sí los hay, pero entienda que los dones son irrevocables. Si yo tengo el don de sanidad, bien lo puedo hacer de gracia para bendecir a cualquier persona necesitada, o bien puedo hacer actividades en hoteles cobrando la entrada a un alto precio. Los dones los maneja cada persona a su gusto, aunque no es bueno que alguien haga dinero con lo que recibió de gracia, cada quien hace lo que bien le parece. Hoy en día cada quien hace su propia “Iglesia” basado en lo que le va bien, el que tiene el don de sanidad hace una “Iglesia” de milagros, el que siente la gracia para hablar de temas familiares funda la “Iglesia” de la familia. Yo le pregunto: ¿Son estos los parámetros adecuados para edificar la Iglesia del Señor? ¡No! Esas son exterioridades, no es la centralidad del Evangelio.

Dice **1 Juan 1:1** ***“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que han palpado nuestras manos, acerca del Verbo de vida v:2 (pues la vida fue manifestada, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó); v:3 lo que hemos visto y oído, os proclamamos también a vosotros, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y en verdad nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. v:4 Os escribimos estas cosas para que nuestro gozo sea completo”***. Los apóstoles fueron funcionales para el Señor porque para ellos el Evangelio fue una sola cosa: *“La persona del Señor”*. Para nosotros el Evangelio es un montón de cosas para aprender; en la Iglesia actual hay enseñanzas para todo, aun nos enseñan qué música debemos escuchar. Hemos sido acostumbrados a dejarnos manipular en todo, nos controlaron nuestros gustos musicales, nuestra manera de vestirnos, nuestra personalidad, etc. Cada vez nos carga más asistir a la Iglesia porque pensamos que iremos a aprender una carga más. Sin embargo, el Evangelio arrancó para los discípulos con una sola cosa: la persona de Jesús. La esencia del Evangelio según **1 Juan 1:1-5** es estar en comunión con el Señor.

Ahora bien, si queremos saber de manera más amplia cuál es la esencia del Evangelio, podemos decir que, aparte de conocer al Señor en nuestra comunión con Él, el Evangelio consiste en conocerlo a Él a través de Su Cuerpo. El apóstol Juan sigue diciendo: **“Si decimos que tenemos comunión con El, pero andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad; v: 7 mas si andamos en la luz, como El está en la luz, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado”.** (1 Juan 1:6–7).

El que aprende a tener comunión con el Señor (me refiero a la persona misma de Jesús), y se levanta todos los días a primera hora con el fin de estar un momento delante de Él, está perseverando en el verdadero Evangelio. El que aprende a hablar con Dios como le habla a Su vecino, el tal está viviendo y conociendo la naturaleza primigenia del Evangelio del Señor.

La generación de la Iglesia verdadera es aquella que tiene tal comunión con el Señor. En lo personal puedo decirle que yo platico con el Señor todos los días, y por fe creo que Él está a mi diestra a cada momento. Esto no se trata de ser sumamente espiritual, es simplemente el hecho de recibir de gracia lo que es de gracia. Si logramos combinar lo dicho anteriormente, con buscar al Señor juntamente con los de limpio corazón, es decir, con la Iglesia Local, el Señor estará con nosotros siempre.